

TESTIMONIO DE VIDA DE TERESA RIVERA

(TERESITA)

En el Evangelio me encontré con estas palabras: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser y al prójimo como a ti mismo”*. San Francisco de Asís se desprendió de todo para poner su confianza solo en Dios, su vida de simplicidad y de fraternidad, Santa Marianita de Jesús sin ir a un convento fue sólo del Señor, Santa Teresita del Niño Jesús, se entrega a Dios de corazón, por el camino del amor y de la humildad. *“Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra”*.

Una vez cuando era niña escuché a mi mamá decir; que si no tenemos fe nos condenamos y yo no quería condenarme y comencé a interrogarle; ¿Y qué es tener fe? Aprendí que hay que practicar las Obras de Misericordia que Jesús nos enseñó. En mi familia se daba posada al peregrino, si eran familiares de lejos les dábamos las camas y nosotros dormíamos en el suelo, si eran indígenas que llegaban para la semana de trabajo, comían y dormían en una cama general, siempre vi compartir los alimentos y los productos de la cosecha con familiares, vecinos y algunos desconocidos, también se practicaban las visitas a los enfermos y el cuidado de algunos más débiles en las propias familias.

A los quince años de edad, fui consciente del abandono de una loquita en las calles, caminaba desnuda, abusada por los hombres, sin nadie se apiadara de ella. Por casualidad una tarde lluviosa me encontré con ella, entumida por el frío, caída al filo de la panamericana, al lavarle sus pies enlodados, recordé como Jesús lavó los pies a sus discípulos sin discriminar a ninguno, fue entonces que sentí una profunda gratitud con Jesús que había lavado primero mis pies y que me decía que yo debía hacer lo mismo, buscar más pies que lavar. Esa noche ella fue acogida en mi casa, pero luego tuve problemas, no tuve la madurez ni la capacidad para luchar por ella y la dejé partir; pero siempre estuvo en mi mente y en mi corazón por muchos años.

A los 18 años de edad llegué al convento pensando entregarme totalmente a Dios y encontrar ahí el apoyo familiar que me faltaba para vivir las Obras de Misericordia, pero también ahí encontré problemas en la práctica, porque en el contenido del Evangelio parecía que estábamos de acuerdo...En la oración comunitaria teníamos en cuenta a los huérfanos, viudas, víctimas de la prostitución y la violencia, víctimas del alcoholismo, rogábamos a Dios por los sin techo, los hambrientos, los enfermos y encarcelados.

A veces se asumía algún compromiso de estos, pero se decía a menudo, esto no es propio de nuestro carisma, para eso están otros lugares y otras personas, lo nuestro es la educación en las escuelas y colegios.

Hice el postulante, noviciado y juniorado. En todo este tiempo tuve el material necesario para discernir mi vocación: el carisma de la Institución, la Palabra de Dios y los pobres con diferentes rostros que llegaban hasta las puertas del convento. Quería entender que Cristo está en mí y en cada uno de ellos.

“Todo lo que hacéis a uno de estos mis hermanos, los más pequeños, a mí me lo hacéis” (Jesús).

Pensaba que una estructura mental, familiar o institucional me limitaba a actuar como Jesús me pedía.

Una mañana coloqué un desayuno en la mejor bandeja, la mejor vajilla y muy feliz salí hasta la puerta para ofrecerle con todo mi amor a un hombre indigente que acostumbraba a pedirnos en la puerta, la comida en una tarrina, pero inmediatamente después, fui reprendida en mi comunidad y la pregunta era: ¿Qué te está pasando Teresita? ¿Cómo es posible eso?, ¿A quién has pedido permiso?

Yo era muy sensible, pensaba encontrar todo el apoyo del mundo, porque supuestamente se trataba de una obra buena y nadie debía detenerme, éste fue el comienzo de muchísimas oposiciones más que me ponían más a dudar entre el seguir el Espíritu de Dios y del Evangelio o acoplarme a una estructura que da mucha seguridad y pasarlo bien, tantas veces confundida, pero sin poder parar.

En una visita a mi mamá, le escuché: el Evangelio no es para estar escrito.

Un día sentí que no era en si pan y ropa, lo que necesitaban los pobres que aparecían en la puerta, me di cuenta que no tenían amigos, ni una familia, pensé que los perros también pueden encontrar un pan en la calle y la ropa también podían conseguirla. Ellos necesitaban algo más que eso, sentirse amados por Dios y por mí; pensé que yo podía pasarles este mensaje con mi vida, pero no sabía cómo empezar, salirme de la comunidad no era la mejor opción, quería volar en bandada como vuelan los gansos, me costaba emprender este vuelo sola.

Intenté dialogar muchas veces, no sabía abandonarme en Dios, no podía darle una respuesta. Después de algunos años de discernimiento decidí retirarme de la comunidad (1995) para convivir con los más pobres, junto con 4 hermanas más, entre ellas 2 ex aspirantes mercedarias, una hermana juniora y mi hermana Gladicita. Entre el temor y el temblor Dios seguía realizando su Obra y nunca nos faltó con su Providencia, y luego de 4 años el grupo se desintegró, las preguntas eran: ¿Adónde vamos?, ¿Y el estudio?, ¿Y de qué vamos a vivir?, al no tener una estructura, esto no daba seguridad y se acabó.

Me quedé sola en esta búsqueda, fue un año de sequedad, oscuridad y abandono, llegando a desconfiar de mí misma, pensé que soy el fracaso que algunos me anunciaron, que el Evangelio sólo es una Utopía... pobre de mí intentando cosa tan grande, siendo tan sólo polvo contra el polvo. Nunca había tenido la experiencia de que Dios sabía levantar del polvo al desvalido y cuando esto ocurrió yo fui llevada por el padre José Pedandola (Italiano) al Brasil para unirme a los pobres de Nauin conocidos como la hermandad del Siervo sufriente, fue allí junto a los más pobres y excluidos donde encontré mi bandada y retomé el impulso para emprender el vuelo.

Comprendí que Dios no vino a repartir nada, ni a solucionar nuestros problemas, sino que vino a ayudarnos, a cavar un espacio de libertad en medio de tanta opresión. Cuando me sentí amada por Él, acepté mi pequeñez y comencé a levantar mi cabeza otra vez.

Conocí a Oswaldo un pilar de la hermandad que por la lepra perdió totalmente sus piernas, sus brazos, sus ojos; sin embargo me dio mucha luz. Una vez en un retiro espiritual se dirigió a nosotros con su testimonio, y dijo: Yo no le pido nada a Dios, Él ya me ha dado todo para ser feliz, antes que perdiera mis piernas, mis brazos y mis ojos, yo no sabía adónde iba, pero después de haberlos perdido, encontré a Bien Amado. Él sabía agradecer por todo, sin dejarse doblegar por el sufrimiento.

El padre Alfredo Kuns (Sacerdote suizo, de la Comunidad Hijos de la Caridad) cariñosamente llamado Alfredinho, es el idealizador de la HESSU, cuya espiritualidad se centra en el pobre que sufre.

La misión de la hermandad es unir personas de todas las condiciones que sufren en la contemplación, valorando el rostro de la humanidad desfigurada en la resistencia no violenta que restaura la humanidad, somos parte de este pueblo sufriente y somos amados por Dios y tenemos la misión de revelar a otras personas que sufren el misterio del Siervo Sufriente. Alfredinho decía, que a la hermandad se llega para ser feliz, no para sufrir más, y cuenta que un hombre alcohólico, de sobrenombre Kodoc, es el fundador de la hermandad porque una vez, saliendo de la misa 6 mujeres, entre ellas Juliana se expresó así: ¡Kodoc es el Cristo, ayudémosle! Él se encontraba muriéndose entre un montón de basura y fue llevado por ellas para cuidarle, descubriendo en él la presencia viva de Jesús, generando hermandad.

Cuando volví a Ecuador, se acabó la discusión con mi papá, porque yo quería irme al África y mi papá me decía: el África es aquí mismo, fíjate bien, la gente ha perdido la fe, los descarriados están en tu propia familia. Entonces esta vez quise estar más atenta a mi familia y comenzar desde ellos la Hermandad. Mi papá me daba un terreno para que haga una Iglesia y viva en ella y no me vaya lejos, yo me reía y le decía, soy misionera, mi casa es el mundo, pero un mes después, mi papá murió atropellado, y en el Velorio el padre José me decía, has lo que te pidió tu papá. ¡Una iglesia yo no haré!, pero has tu casa. Me convenció cuando me dijo: En tu casa podrán entrar los pobres y nadie te lo va a impedir.

Al poco tiempo apareció un hermano (Alfredo), indigente, enfermo frente a la puerta del cementerio de Natabuela, al ver que nadie se atrevía a ayudarlo, sentí que me tocaba a mí y me temblaban las piernas, cuidar de la salud de un familiar era normal, pero cuidar de un indigente en la calle, esto sí que no era normal, y no fui bien vista, no pude acogerlo en la casa de mi mamá, porque según ella, no había un lugar para él, le cuide en la calle durante 5 meses bajo una choza de plástico que le hicieron mis vecinos. Creían que estaba loca. Un día una mujer evangélica se paró frente a mí y me preguntó ¿De qué religión es usted? Le creían castigado por Dios, evitaban verlo, los niños pasaban corriendo tirándole piedras y palos porque tenían miedo sólo de ver su rostro tan desfigurado, en realidad que ya no parecía un ser humano (Como nos cuenta Isaías en sus cánticos); cuando me postré delante de él y le dije, Señor ¿qué puedo hacer yo por ti? Y Él me dio la respuesta...

Esta vez también, en el camino quería detenerme mi familia, más creía que esta era mi hora, debía dar mi respuesta urgente a Dios, no tuve miedo de quedarme sin familia, esta vez, la calle sería mi casa, porque en la calle, viven seres humanos, me dije acabaré con mi comodidad, mientras otros estén en riesgo. Pero cosa admirable, me encontré con ángeles, para realizar este trabajo de calle, poco a poco mi familia y otros vecinos, comenzaron a participar en la recuperación de Alfredo imagen de Dios, así fue el comienzo de una nueva misión.

En el 2002 ya estaba construida la casa que según yo era para los encuentros de espiritualidad y convivencia, era mayo y un grupo de personas me pidió la casa para hacer una novena en honor a la Virgen María por costumbre se reza el Santo Rosario, les propuse también la reflexión sobre la visita de María a su prima Santa Isabel y aceptaron.

Nunca mis vecinos habían tenido la oportunidad de expresar en comunidad lo que sentían, lo que vivían y lo que sufrían, ellos me ayudaron a descubrir, que tan cerca de mí había más enfermos crónicos, abandonados y que a ejemplo de María, nosotros debíamos detenernos el tiempo necesario, para realizar este servicio, de solidaridad. María no necesito un capital, para cuidar de su prima Isabel y de su familia, ella ofreció

su pobreza, su amor, su servicio humilde, y con ella estuvo Dios, en silencio construyendo un ambiente de paz, de unidad y de alegría.

En Natabuela, la hermandad no nace con el dinero, ni con la estructura; ella nace sencillamente del corazón traspasado de Cristo en la cruz, y como semilla de uvilla o manzanilla se esparce y crece sin tantos cuidados, ni planificación, porque los siervos sufrientes somos semillas obstinadas que aun siendo botadas en el suelo resistimos violencia, resistimos opresión y sin embargo nuestras manos ayudan a otros más débiles. Somos pueblo de pobres y queremos ser hermanos.

Son ya 11 años de esta larga caminata del siervo sufriente en Natabuela, son cientos de hermanos y hermanas débiles, entre ellos ancianos, adultos, jóvenes y niños marcados por el sufrimiento y la angustia que forman parte de esta gran familia.

Convivo con los trapos humanos que el mundo materialista desechó, convivo con ángeles, santos y mártires, con maestros de espiritualidad, son los tesoros más grandes a través de los cuales Dios quiso mostrarme su rostro y el ritmo de mi caminata.

Pues juntos tenemos más valor y hacemos maravillas.

Un misionero laico me preguntó mientras yo limpiaba el medio rostro de un hombre agusanado podrido por el cáncer, sin ojo. ¿A qué hora usted realiza la misión? Sólo le veo aquí, le dije: ¿Qué misión? Él me dijo: Nosotros vamos de puerta en puerta anunciando la Palabra de Dios, le dije: Yo también pensaba así hace algunos años. Quise irme lejos para realizar la misión que Dios me pedía pero él me mostró esto y hasta ahora no acabo.